

Producción.

En vista de la gran extensión del país que alcanza desde los 4° de latitud septentrional á los 33° de latitud meridional, y la gran diferencia de altura sobre el nivel del mar, se comprende que ha de ser muy diferente la productividad de las diferentes provincias. Mientras que en el Norte las lluvias excesivas, alternadas con largas temporadas de sequía, impiden la explotación del suelo y hacen el clima insalubre, en el Sud el clima es muy propicio para la explotación agrícola del suelo, y por esto las provincias del Sud son preferidas por los emigrantes y sobre todo los alemanes. La agricultura se halla todavía en un estado muy primitivo con respecto á la producción de comestibles. La sustancia alimenticia principal es la tapioca que se saca de la raíz de la yuca, viniendo en segundo lugar el maíz. En algunas provincias se cultiva también el arroz y varias legumbres, mientras que el cultivo de los cereales europeos y de las patatas es tan insignificante que la mayor parte del consumo del país viene del extranjero. Tanto mayor importancia tiene el cultivo de las plantas industriales y del consumo de lujo ocupando el primer lugar el café, cuyo cultivo tiene tanta importancia para el Brasil que merece ser tratado con alguna extensión.

Ni el carácter ni las costumbres brasileñas, son realmente agrícolas; pero sí lo es con todo el Brasil.

Admitiendo la clasificación del naturalista Agassiz, que pasó á ser ciudadano adoptivo del Brasil, puede este dividirse en tres zonas enteramente distintas: la primera comprende desde las fronteras del imperio hasta Bahía y está particularmente caracterizado por los productos forestales con el cacao, el cañihú, la zarzaparrilla, la vainilla y una infinidad de gomas, resinas, cortezas y fibras textiles desconocidas hasta ahora del comercio en su mayor parte. También comprende esta región las especies cuyo monopolio tienen en la actualidad las islas de la Sonda. La segunda región comprende todo el territorio que media entre Bahía y Santa Catalina en el Rio-Grande-do-Sul con mas las elevadas mesetas del interior, dándose en uno y otras los cereales. El arroz que se obtiene fácilmente y el algodón que promete bastante, reúnen las tres zonas. El azúcar y el tabaco llenan las lagunas y completan su unión.

Por lo que hace á la cuenca del Amazonas, Agassiz le concedía una importancia extraordinaria. Las maderas por sí solas constituían una inestimable riqueza, de suerte que le parecía muy extraño á este ilustre naturalista que el desarrollo de ese ramo de la industria no hubiese llegado aún á su apogeo, porque los ríos que se deslizan al través de sus magníficas selvas parecen creados de propósito para proporcionar la fuerza motriz á las máquinas de aserrar que se establecieron en sus riberas, y un camino fácil, cómodo y barato para el transporte de todos los productos. Por otra parte, no es tampoco menor la riqueza que aquellos terrenos incultos encierran en aceites vegetales, resinas, materias colorantes y fibras textiles sumamente fáciles de cosechar en toda la extensión de tan vasta cuenca; razón por la cual sobran en efecto motivos de sorpresa al considerar que tales riquezas permanecen poco menos que inexploradas. A Agassiz, sin embargo, causábale una sorpresa mucho mayor al considerar durante su largo viaje que una gran extensión de este territorio se prestaba maravillosamente al fomento de la ganadería. Allí se crían en efecto excelentes carneros que pastan libremente las suculentas yerbas de los llanos ó en las colinas que se extienden entre Obydos y Almeirim, de suerte que el naturalista que acabamos de citar decía que pocas veces había probado una carne tan preciosa como la que comió en Ercre, en medio de las sierras.

Mas dejando á un lado cuanto acabamos de decir y lo que añadir podríamos acerca de la riqueza forestal y pecuaria que posee el Brasil con escaso aprovechamiento, nos ceñiremos á hablar de otra de sus producciones naturales que es sin disputa la que mejores resultados dá al presente en aquel país, sin embargo de la poca discreción con que se fomenta y cultiva. Nos referimos al café objeto de esta ampliación.

CAPÍTULO XIII

BRASIL

Sumario.

I—SUPERFICIE Y POBLACIÓN	V—COMUNICACIONES
II—PRODUCCIÓN	Ríos.
Agricultura.	Ferrocarriles.
Ganadería.	Correos y telégrafos.
Montes.	Navegación.
Minería.	VI—HACIENDA
III—INDUSTRIA	VII—ESTABLECIMIENTOS DE CRÉDITO
IV—COMERCIO	VIII—MONEDAS, PESOS Y MEDIDAS
Estadística.	APÉNDICE
Consulados.	Rio-Janeiro, Pernambuco, Bahía y Santos.

I.—*Superficie y población.*

Este imperio separado del Portugal en 1822, tiene una superficie de 8.337,218 kilómetros cuadrados, de modo que junto con Bolivia representa la superficie de Europa. Según el último censo hecho en 1872 la población era de 11.108,291 habitantes calculándose los indios nómadas en 1 millón. El número de esclavos era de 1.510,806 de los que 138,560 habían nacido fuera del Brasil. El número de esclavos va disminuyendo continuamente y según el acuerdo del parlamento la esclavitud ha de desaparecer por completo en el plazo de diez años. En 1872 había en el Brasil 243,481 extranjeros, entre ellos 121,246 portugueses, 45,829 alemanes, 44,580 africanos, 6,108 franceses, 5,049 italianos, 2,266 ingleses, 1,500 españoles y un número insignificante de otros países. Desde entonces ha aumentado sobre todo el número de alemanes que ahora se calcula en 150,000, residiendo los más de ellos en la provincia de Rio Grande do Sul. A fines de 1880 ha desaparecido uno de los obstáculos de la inmigración alemana que era la circunstancia de carecer los protestantes de todos los derechos de ciudadanía. Ahora hay completa libertad de cultos siendo los protestantes admitidos á todos los empleos públicos. La lengua oficial es el portugués.

Hace unos dos años próximamente, que se afirmaba que los cafetales (cafesaës) del Brasil contaban con 530.000.000 plantas de este precioso grano las cuales ocupaban una superficie que va en aumento de año en año. La cosecha media anual era entónces, esto es, hasta 1882, de 260.000 toneladas, 5.000 de las cuales se consumían en el mismo país, quedando por consiguiente para la exportación un excedente de 210.000. Este cultivo amenazaba ya entónces absorber los restantes con disgusto de los hombres previsores y sagaces que comprendían que el creciente cultivo del café puede llamar con el tiempo graves males sobre el suelo brasileño.

Pero si por una parte, este cultivo se halla allí tan extendido que llega á dar anualmente la mitad casi de todo el café que se produce en el mundo entero, y á pesar de las recompensas inmerecidas ó por lo ménos acordadas en Viena y Filadelfia sin que su merecimiento fuese bastantemente justificado, el café del Brasil tiene condiciones tales que para colocarlo fácilmente en los mercados extranjeros, hay necesidad de falsificar su naturaleza presentándolo bajo el nombre de Moka, Ceylan ó Puerto-Rico. Esta circunstancia unida á las justas quejas de los plantadores, quienes se lamentan de que el precio en venta á segunda mano es excesivamente elevado con relación al que obtienen los productores, hizo que el director de la escuela politécnica de Río-Janeiro encargara á Mr. Luis Couty profesor de biología industrial de la misma la indagación de las causas á que estos hechos obedecían, y este volvió de su viaje á algunas de las provincias brasileñas más determinadamente productoras de aquel rico grano, habiendo compuesto un precioso folleto tan interesante y curioso como erudito sobre el cultivo del café, su preparación, su producción y el régimen económico de las *Fazendas* donde se cosecha, del cual, y de algunos datos particulares que nos ha sido dable recoger; vamos á entresacar las curiosas noticias que se tienen sobre el café del Brasil.

La primera operación que hay que hacer cuando se trata de plantar un cafetal en el Brasil, es la del desmonte del terreno; para ello se elige una selva virgen buscando con preferencia las que contienen *padroes* ó árboles que indican la buena calidad de la tierra, y se entrega esta selva al acha de los negros muchas veces, si bien con mayor frecuencia, desempeñan el oficio de leñadores ó desmontadores, los labradores ó colonos libres. El desmonte se verifica cortando por su base los árboles pequeños y dejando los mayores; luego se queman los troncos y las ramas, se quitan los restos incompletamente consumidos, y solo quedan ya en una vasta estension alguno que otro tronco derribado, y alguno que otro árbol en pié y medio calcinado. Para esta operación, cobran los hombres libres el ínfimo precio de 50 á 60 mil *reis* por *alqueire*, ó sean algo más de 58 pesetas por hectárea. Este sistema de desmonte tiene la ventaja de destruir al mismo tiempo las legiones de insectos que en otro caso no dejarían de dificultar el cultivo, y de tostar la tierra y ennegrecerla con las cenizas que la sirven de abono, pero se le han hecho muchas objeciones, la más sólida de las cuales consiste segun M. Couty en que suprimido un monte queda igualmente suprimido un receptáculo de humedad, y por consiguiente, cuantos más terrenos se desmontan menores son las corrientes de agua, mayores las sequías y ménos feraces las tierras. Así por ejemplo, se notan ya alrededor de numerosas *fazendas* grandes colinas sin la menor fuente en sus laderas ni la menor veta de agua en su base, lo cual, si no es de momento un perjuicio grave, lo será para lo futuro; esto sin contar con que á la muerte de un cafetal queda completamente nula la vegetación arborescente. Cierito que por ahora la despoblación de los bosques no ha progresado todavía de una manera alarmante en el Brasil y que por lo tanto no se observan aun las fatales consecuencias que lleva consigo esta imprevisora despoblación; pero no cabe dudar que si continua progresando en aquel país la afición al cultivo del café, sucederá con el tiempo lo que en Cataluña y otras provincias de España ha sucedido con el prurito de los viñedos; esto es, que no quedará más que monte bajo, raquífico y espinoso, y grandes espacios de terreno que implorarán en vano una gota de agua á un cielo implacable, seco y abrasador.

Una vez desmontado y desbrozado el terreno elegido para la plantación del cafetal, se le prepara mediante una siembra de maíz, y luego, hácia los meses de Enero ó Febrero y algunas veces más tarde, se lleva á cabo aquella plantación por diversos procedimientos. Ciertos plantadores, se limitan á arrancar los pequeños arbustos de café que han crecido al lado de los mayores en los cafetales de alguna edad y los trasplantan al suelo recién desmontado, dando á estos planteles el nombre de *mudas*; otros siembran profundamente el grano á distancias regulares, y si las plantas que nacen son múltiples, arrancan las más pequeñas dejando únicamente en pié las que han adquirido mayor desarrollo; otros, y estos constituyen la mayoría, forman espesos sembrados en terrenos umbríos y bastante húmedos, y al cabo de dos ó tres años trasplantan los cafetales desde su lecho al sitio que les está definitivamente destinado; y finalmente otros combinan estos diferentes sistemas, practicando *mudas* ó renuevos en sitios abrigados.

Al cabo de unos cuatro años, la mayor parte de las plantas que quedan, subsisten y empiezan á vegetar rápidamente hasta que á los catorce años la plantación se hace compacta y el cruzamiento de sus ramas forma una especie de matorral impenetrable á los rayos solares. Estos arbustos así unidos y entrelazados unos con otros, viven durante muchos años, pero llega un instante en que aparecen algunas ramas secas ó escualidas sobre las más vigorosas, la escardadura del suelo ya no produce su primitivo efecto, y á los veinticinco años de edad en algunos puntos, y en otros á los treinta ó treinta y cinco, ostentan muertos los cafetales muchos de sus arbustos.

M. Couty creyó al principio que los cafetales dejaban de fructificar en un momento dado porque no hallaban ya elementos asimilables en un terreno fatigado y esterilizado por una larga série de cosechas sucesivas y sin interrupción ninguna, y para restituírle la fertilidad pensó naturalmente en los abonos concentrados, tales como los guanos, los fosfatos, los azotatos y el estiércol; pero segun él mismo manifiesta en su folleto, si esto creyó fué porque no conocía aun de una manera bastante la calidad de la tierra del Brasil que tal vez no tiene semejante en el mundo, opinando despues de una manera definitiva, que si los cafetales no producen cosechas abundantes y regulares más allá de los treinta ó treinta y cinco años, no depende del arbusto ni tampoco de la tierra sino del agricultor que echa á perder los arbustos durante los primeros años de su vida, lo planta á distancias sobradamente pequeñas olvidando el precepto agrícola de que para cojer espeso precisa sembrar claro, y que para escardar la tierra y purgarla de las malas yerbas emplea procedimientos sobradamente primitivos.

En efecto, cuantos viajan por las provincias centrales del Brasil pueden ver en los campos de café, cuadrillas de treinta ó cuarenta negros puestos en línea casi transversal que agitan una *exanda*, especie de rascador que levanta ante ellos la capa superficial de la tierra; estos negros están vigilados por un capataz y cantando aires monótonos para distraer el fastidio de su tarea ó exhalando largos hurras para no dormirse continúan este pesado trabajo durante todo el día con un paso igual y lento. Segun lo que sobre la roturación de terrenos conocemos, y los medios para conservarla, es evidente que no bastan las operaciones de escarda que acabamos de describir, sino que sería necesario abrir y remover previamente la tierra de una manera algo más profunda y arrancar de raíz las malas yerbas en vez de limitarse á cortar su tallo. Pero desgraciadamente estas operaciones cuya conveniencia no se habrá ocultado seguramente á los plantadores de café son poco ménos que imposibles con la organización actual del trabajo agrícola en el Brasil, puesto que resultando ya muy cara la mano de obra á pesar de emplearse el sistema de laboreo que hemos descrito, en el cual se usan instrumentos de mucha superficie, y fáciles de manejar, resultaría mucho más cara aun si en vez de estos instrumentos se confiaran á los negros los arados y escardadores usados en Europa.

Esta reflexión nos lleva como por la mano á ocuparnos del problema planteado allí por la mano de obra, problema económico sumamente árduo y grave del cual dependa quizá

principalmente el porvenir agrícola del Brasil. Sobre este punto, Mr. Couty, sin hacer responsable á nadie de una situación cuyas causas son antiguas y profundas, cumple su cometido demostrando con cifras y con hechos toda la extensión de los perjuicios que causa al presente semejante régimen á la producción del café. Efectivamente; en las haciendas, ingenios ó *fazendas* como las llaman en aquel país, todo es obra de los negros; los edificios, los ladrillos, las planchas, la conducción de las aguas, la apertura de los caminos, los útiles necesarios para el ingenio son productos del trabajo esclavo, ni más ni menos que los de la tierra, y él es también quien cria y apacenta los bueyes y los diferentes animales necesarios para la explotación de la hacienda ó ingenio. Así pues, la tierra virgen que en un principio sólo tenía un valor casi nulo en venta, después de fecundada y puesta en el estado actual de las *fazendas* representa una acumulación de trabajo esclavo, que no puede por lo mismo apreciarse; el único valor casi que puede estimarse aproximadamente en esta explotación según su precio de compra ó de coste, es el del trabajador africano á *Creoulo* que casi siempre ha sido comprado y más particularmente en los cafetales de un desarrollo rápido; por esta razón durante el período de 1870 á 1878 en el que se observó un extraordinario desarrollo en el cultivo del café, un buen trabajador costaba cerca de 5,500 francos y una trabajadora 4,000 lo que da por término medio un coste de 5,000 francos por cada negro.

Ahora bien, como quiera que cada negro no produzca más allá de 500 francos de beneficio limpio al año, es claro que este beneficio no basta á cubrir el interés y la amortización del capital invertido en su adquisición, sobre todo, si se tiene en cuenta que el interés regular y corriente del dinero en el país de que nos venimos ocupando, asciende al 10 por ciento la mayor parte de las veces, sin que en ningún caso sea inferior al 8 por 100. El hacendado ó terrateniente agrícola se había acostumbrado á creer que todo el producto de su hacienda era beneficio limpio, puesto que no daba jornal alguno á sus obreros, hasta que al fin ha comprendido que no solo no era así, sino que la gran propiedad esclava ha limitado la economía, y que la excesiva concentración de los instrumentos de trabajo y el monopolio territorial han impedido é imposibilitado la creación de una clase de pequeños terratenientes labradores, activa y laboriosa. Observación justa y verdadera que puede comprobarse en nuestra misma patria, comparando la precaria situación económico-agrícola de las provincias del S. O. de España en las cuales existen todavía grandes propiedades, con la más holgada de Cataluña donde la propiedad territorial se halla sumamente dividida.

Por otra parte y volviendo á la situación económica del Brasil, hemos de convenir desde luego en que la condensación ó centralización del territorio en un número de propietarios ó hacendados proporcionalmente pequeño arranca de los primeros tiempos de la colonización brasileña. En efecto el naturalista Saint-Hilaire al recorrer aquel imperio, hace apenas cincuenta años oyó repetir con mucha frecuencia que muchas veces, el primer recién venido que había proyectado establecerse en el país subía á la cima de una montaña ó á la cresta de una cordillera exclamando «Toda cuanta tierra veo es mía,» y se añade que estas gigantescas propiedades fueron hasta cierto punto confirmadas como tales por el transcurso del tiempo y de una posesión pacífica, lo mismo que por el consentimiento tácito de las poblaciones. En la época á que nos referimos no eran raras sino por el contrario muy comunes las propiedades de 12 y 20 leguas de extensión, tales como las que vió A. de Saint-Hilaire entre Albo de Rios y Villa de Fanado, y la que era propia de José Castano de Abello, y esta constitución territorial subsiste todavía en gran parte y no puede menos de dejar sentir su influencia de una manera profunda, así en la organización del trabajo agrícola como en la relativa escasez de sus productos.

En realidad no puede negarse que antiguamente esa gran propiedad y la organización social para explotarla, por medio del trabajo esclavo, pudo prestar y prestó eminentes servicios. Como dice muy bien Mr. Couty, en una época en que la rapacidad de la madre

patria, ó sea de la nación conquistadora y colonizadora de una parte y por otra el espíritu de secta limitaban el cambio exterior é impedían la inmigración blanca, en que así el capital como los medios del cambio estaban sumamente restringidos, en que los caminos y los medios de transporte se limitaban á algunos senderos apenas trazados por entre la inmensidad de los bosques vírgenes á través de los cuales solo podía conducirse alguno que otro bulto llevado á lomo por mulos, para quienes estas veredas por otra parte solo eran practicables durante ciertos meses del año y absolutamente infranqueables en los demás, una clase de explotación que como las de las haciendas ó ingenios se basta á sí misma y se alimenta por sí misma, era quizás la única que estaba en relación con los útiles y herramientas imperfectos de aquella época, y la única también que constituía su régimen relativamente benigno para el esclavo cuya existencia y necesidades materiales aseguraba este de una manera bastante.

Así pues, á las haciendas cultivadas por medio del trabajo servil ha debido el Brasil desde hace tres siglos el ser productor de azúcar, así como el haberse convertido esencialmente en productor de café en menos de 50 años, puesto que efectivamente los negros han sido quienes casi exclusivamente desmontaron los terrenos, los roturaron y cultivaron dando valor á un suelo que antes permanecía completamente inculto en manos de los primitivos poseedores, los indios.

Pero hecha esta justa concesión á los bienes producidos antiguamente por la esclavitud en el país que nos ocupa, debemos no obstante hacer constar que en el momento presente no podemos convenir en ella ni bajo el punto de vista político y social, ni menos aun bajo el aspecto económico, porque la esclavitud por su misma naturaleza lleva consigo irritantes é insoportables iniquidades, y porque es la causa principal, según Mr. Couty, de los males de la industria cafetera elevando de una manera exorbitante el precio de reventa del café; y como prueba indudable de que el régimen de la esclavitud, económicamente considerado es sumamente perjudicial en los actuales momentos en la producción de aquel grano, consignamos á continuación algunos hechos curiosos que prueban la verdad de nuestra afirmación, de una manera elocuentísima.

Al visitar un europeo una hacienda brasileña, se admira desde luego de la escasa cantidad del trabajo llevado á cabo por los negros á despecho de los gastos considerables que se hacen para vigilar este mismo trabajo. Una hacienda ó ingenio, tomando esta última palabra en su más lato sentido, que comprende 250 esclavos, tiene su administrador, un tenedor de libros, un farmacéutico, dos oficiales obreros que por regla general son blancos, un maquinista, y cinco ó seis *Feitores* encargados de vigilar á los negros. Hay luego los celadores ó comendadores que por lo común son también esclavos y no perciben por consiguiente sueldo de ninguna clase, pero que en cambio consumen al igual de los demás para las necesidades de la vida y no producen como ellos puesto que su trabajo es un trabajo enteramente perdido para el dueño de la hacienda, y no produce tampoco ningún beneficio á sus compañeros de esclavitud á quienes los factores tratan por regla general de un modo brutal é inhumano. Esta pérdida de trabajo ocasionada por la necesidad de la vigilancia sobre los negros, es considerable como fácilmente puede comprenderse, pero no es sin embargo la de mayor importancia de las que se observan en esta clase de explotaciones, puesto que la mayor parte de los hacendados brasileños no pueden mandar al trabajo de los campos más allá de 140 negros por cada 300 que poseen.

Este es un hecho sorprendente en realidad y que solo puede comprenderse mediante algunas explicaciones. En efecto: el ingenio propiamente dicho ó sea la parte industrial del cultivo, es decir, el punto donde se verifica la limpia del grano ocupa próximamente la décima parte de los obreros ó esclavos ó por hablar con mayor exactitud, la décima parte de la mano de obra total; hay luego una sección especial de albañiles, herreros, carpinteros, *officiaes*, ó sean oficiales como generalmente se les llama á quienes por lo común se trata de una manera más considerada que á los demás, y á los que por consiguiente no se manda